

llave de sus respectivas celdas en las manos, corrieron á presentarse ante la municipalidad para decirle que se apercibían á dejar el inhospitalario recinto y á partirse de Zaragoza, como se partiera en ocasion análoga y con motivo semejante á los motivos por ellos alegados un día de Constantinopla Gregorio Nacianzeno.

La escena de la despedida prueba cómo se habian las cóleras y las iras aglomerado en la ciudad augusta. El Ayuntamiento en pleno aguarda receloso á los Padres en corporacion. Estos, al presentarse muy humillados, encarecen todo el bien que han querido hacer ellos á la ciudad; y todo el mal que la ciudad les ha hecho á ellos. Y despues de tales públicos coloquios, en los que, de una y otra parte, á competencia y porfía, se invocan los mas altos sentimientos, deciden los jesuitas dejar la ciudad ilustre, donde son cruelmente recibidos; y dícnles á su vez los regidores que, al dejarla, evitando conflictos, prestan mayores y mas señalados servicios que prestarían de aferrarse á una estada y residencia incompatibles por completo con la pública paz y el sosegado gobierno. Las mismas acusaciones, que hoy prevalecen, prevalecian entonces contra la órden de Jesus. Las mismas acusaciones, que hoy se le dirigen, dirigíansele por todos sus enemigos en aquella sazón. Viéndolos tan apegados á las clases ricas y tan despegados de las clases pobres, imaginábanlos poderosos y enriquecidos. Los historiadores mas clásicos de la Compañía refieren que una comision de jurados aragoneses llegó á personarse con celo en casa de la Compañía para inventariar las riquezas atribuidas por el comun pensar y sentir del vulgo á la grande asociacion. Poco encontraron los encargados de tales operaciones en la vivienda jesuítica; pero no cesó por eso el rumor público ni fué posible dejar tranquilos en sus hogares á los amenazados eclesiásticos. Salieron de la ciudad, pues, donde tanto les aborrecían y marcharon á la villa de Pedrola, colocada bajo la autoridad y señorío del duque de Villahermosa, verdadero rico-hombre y gran magnate, que tenia inmensos dominios en aquel territorio y llevaba sangre real en sus venas. Arrimados á tal sombra, defendidos por el gobierno de los reyes, por la nunciatura de los Papas, por el prelado de Huesca, por una parte importantísima de la clerecía, volvieron pronto y en triunfo; mas no lograron jamás vencer del todo la repugnancia invencible de los tenaces aragoneses á su doctrina y á su instituto.

CAPITULO X

MUERTE DE SAN IGNACIO

Desde su herida el Santo arrastró una fatigosa existencia, y experimentó enfermedades varias, á pesar de su complexion robustísima. La cojera contrastaba con el rápido movimiento de su idea, y le hacia recordar la union del alma con el cuerpo y del cuerpo con la tierra; esa cojera, nunca bien curada, llevóle consigo muchos y muy varios achaques. Cuidados estos con esmero, no se arraigaran, ni se hicieran crónicos en su fortísima naturaleza; pero abandonados á sí propios en las peregrinaciones, penitencias, embarques, viajes, y demás trabajos á que consagrara su actividad, apoderáronse de la salud con imperio y redujéronla de suyo á triste mezquindad. No hay en San Ignacio, por lo menos en las figuras y retratos, obra de su órden, aquella transparencia del cuerpo reconocida en el San Francisco de la tradicion y de la leyenda, que deja ver un alma encendida en el amor divino, y, por consecuencia, extática. En el gran fundador vasco permanece allende la muerte aquel carácter primitivo de su ser, el cual cambió de objeto, cambiando el uniforme de las armas por el uniforme de los claustros, pero que no cambió de naturaleza. Ignacio tuvo siempre la pericia militar adquirida en la edad de los combates épicos y la doblez política dominante á la sazón con gran dominio en todas las cortes europeas, y con especialidad, en la corte de don Fernando V el maquiavélico. Así, ocurriósele al gran reaccionario de la historia organizar un ejército espiritual formidable y moverlo á la resistencia mas con medios políticos que con ideas puras, llevándolo por las tortuosidades, tan escabrosas, de los regios palacios, y no por los espacios, tan bellos,

de la predicacion y del apostolado, como hicieran aquellos franciscanos primitivos, especie de celestiales aves, los cuales dejaban á Dios, segun Cristo en el Evangelio quiere, los cuidados paternales de alimentarlas y de vestir las. Para su obra reflexiva, de organizacion material, muy complicada, necesitó Ignacio las fuerzas materiales provinientes de robusta salud; y solo tuvo en su vida grandes dolores y achaques, los cuales postráronle muchas veces en cama y trajéronle por fin y postre, á edad no muy avanzada, la muerte.

Un hecho histórico exacerbó sus dolencias. Llegaban para él, en sus recónditas previsiones, grandes tiempos. Las veleidades múltiples de conciliacion estrecha con el protestantismo militante, apoderadas mil veces del Emperador en las incidencias de su política, no podian caber ya en el ánimo de Felipe II, su heredero, criado en España y adscrito con todas las fuerzas cuasi cósmicas de su increíble autoridad á la reaccion universal, es decir, al jesuitismo y á los jesuitas. Carlos era un hombre del Renacimiento; y por lo mismo, cuasi pagano, de complexion sensual, enamorado del arte y de la ciencia, idólatra de la forma, en último término devoto á los príncipes alemanes y á la misma protestante Alemania, capaz de proponer en el Interim una religion media entre la Reforma y el Catolicismo, cual correspondia naturalmente á un hijo de aquella edad revolucionaria y expansiva; mientras Felipe, sombrío, redomado, crédulo hasta la supersticion, fanático hasta la extravagancia, dado á las artes, en cuanto las artes se daban á la Iglesia; con la llamarada de la siniestra Inquisicion española en sus ojos y el apego á las guerras religiosas en su educacion claustral y teocrática, debia, desde los comienzos de su reinado, aparecer como la esfinge fria y enigmática y misteriosa y cruel, que sembraba la desolacion del desierto moral sobre toda Europa, y se decidia con soberana imperiosa voluntad, no ya por detener, por echar hácia atrás á todo el género humano, como si fuera la encarnacion del jesuitismo militante, y la sombra de la reaccion universal proyectada por los jesuitas sobre todo el mundo moderno. Mas, por una de las coincidencias particulares á la historia, y frecuentes en el desarrollo de toda política, Felipe II, el mas papista de todos los reyes, debia luchar, al comienzo de su reinado, con Paulo IV, el mas intransigente de todos los Papas. ¡Qué dolor para el gran jesuita y qué desgracia para el jesuitismo!

Por mucho que al cosmopolitismo natural de San Ignacio conviniera el desasirse de los sucesos diarios para absorberse todo entero en la universalidad de su obra, no podia prescindir, como español, de que fuese Felipe II su soberano temporal; ni, como católico, y católico jesuita, de que fuese Paulo IV su soberano espiritual y religioso. ¡Qué lucha, cuando las tropas del Duque de Alba, tropas españolas, parte de aquel ejército á cuyas huestes Ignacio perteneciera en su mocedad; cuando las tropas del Duque de Alba se acercaban á combatir al jefe de la Iglesia, y vicario de Cristo, y sucesor de Pedro, á quien él habia prometido una ciega y constante obediencia, rayana en el enajenamiento, abdicacion, y hasta suicidio de la propia voluntad! ¡Qué diferencia tan horrible para un alma, como la suya, y qué contradiccion tan abierta con todo cuanto pensaba de la Iglesia y de su jefe! Si, como español, obedecia Ignacio á Felipe II, ¡cuánto vulneraba sus afectos religiosos! y si, como católico, seguia servil y sumiso al Papa, ¡cuánto vulneraba su patriotismo, y desconocia los deberes mas rudimentarios para con su madre, la patria! Luego, el disentimiento de Paulo IV con Felipe II no provenia de la religion católica; provenia de la política pontificia. Hijo de Nápoles aquel Caraffa orgulloso, deseaba reivindicar la independencia de su patria. Los tres siglos de la dominacion española no habian aportado, segun su patriotismo, prescripciones de ningun género. Aborrecia tan de muerte á los españoles como los sicilianos de las Vísperas á los franceses de Anjou. Y en su odio, iba incurra la Compañía de Jesus. Mil veces pensó en revocarla, y por espacio de mucho tiempo tuvo preso al cardenal ilustre que revisara sus estatutos. Ignacio, adolorado, sintió como caer la noche sobre su alma, cuando caia, siquier fuese indirectamente, la censura pontificia sobre su instituto, ejército permanente del Pontificado, cuyos milites ya iban mereciendo, por entonces, el nombre gráfico de mamelucos del Papa.

La vehemente alma del apóstol hispano prefirió morir á pasar por aquel amarguísimo trance. El biógrafo, al llegar á este punto de su enorme apología, consagrada con todo su ánimo al fundador de la orden, nos refiere cómo Ignacio pedia con clamores, y clamores vivísimos, la muerte. «Este era el estado de la Compañía, exclama, cuando N. B. Padre Ignacio, cargado ya de años, rodeado de enfermedades, afligido por la turbacion de los tiempos y de

las nuevas calamidades de la Iglesia, y abrasado de deseo de verse con Cristo, con grandes lágrimas y vehementes suspiros comenzó á pedir al Señor que fuese servido sacarle deste destierro, y llevarle á aquel lugar de descanso, donde, con la libertad que deseaba, pudiera alabarle y gozar de su bienaventurada presencia entre sus escogidos.» Todo esto quiere decir, hablando lisa y llanamente, que Ignacio de Loyola deseaba con deseo veheméntísimo la muerte; y la deseaba cuando los disentimientos entre Paulo IV y Felipe II le amargaban con amargor acerbísimo la vida. El mismo biógrafo describe el estado á la sazón de Roma, semejante á una ciudad militar, como si los tiempos antiguos hubieran resucitado; y bien lejana del orden y silencio que debieran reinar en el asilo de los cenobitas y de los penitentes. Los templos parecían cuarteles; aquellos campanarios, de donde bajan las voces que á la oración excitan, parecían fortalezas; tropezábase á cada paso con patrullas en vez de tropezarse con procesiones; veíanse frente á frente las dos banderas del Papa romano y del rey católico, cual si uno de ellos se hubiera ido con Satanás contra la Iglesia; temíase la reproducción del saco antiguo, en que perecieron los cardenales degollados como las víctimas de los sacrificios al pié de las aras consumidas por el incendio; y á la vista de tantas calamidades y al temor de tantas otras por igual temibles, acongojábanse los ánimos mas fuertes, y por dó quier se dilataban y esparcían apocalípticas tristezas, muy cercanas á irreparable desesperación. Ningun alma tan afligida entonces como la de Ignacio. Español, veía por los españoles amenazado al Papa; y jesuita, veía por el Papa de muerte amenazado al jesuitismo. Sus ojos se volvieron fuentes de puro llorar tales calamidades; y sus oraciones importunaron al cielo de tanto pedir con verdaderas instancias la concordia y la paz, huida á un mismo tiempo de los desgarrados senos del Estado y de la Iglesia.

No tuvo mas remedio que irse de Roma. Pero irse de Roma equivalía tristemente á suspender su obra, la cual necesitaba de la Ciudad Eterna, como del clima propio á su florecimiento y fructificación. En tal angustia, partióse para el campo romano, y se alojó en casa completamente solitaria. Era el estío de 1556. Para comprender la desolación de la campiña, que rodea la capital del Catolicismo, es necesario haberla visto y habitado, pues la fan-

tasía humana, con ser tan rica, no idea la trágica tristeza de tan desolados parajes. Marismas y marismas interminables, sin otros límites que los confines del horizonte sensible, al mismo tiempo evaporan tristezas para el alma y venenos para el cuerpo. Aquellas aguas, estancadas de antiguo y mal olientes, emponzoñan los laboratorios de la vida, y derraman su mortal fiebre por la red de las venas y por los átomos de la sangre. Entre juncos y espadañas, sobre cuyos tallos zumban miriadas de insectos, hijos de la putrefacción, deslízanse, mas sobre barro que sobre agua, verdaderamente bituminosa, barcas parecidas á flotantes ataúdes, llenas de tristes familias devoradas por la fiebre, seres moribundos, cuyo aire trágico recuerda los tercetos dantescos grabados en la memoria universal que trazan el dolor y amarillez de los condenados, vagantes por las lagunas del Infierno. El búfalo, aquí levanta su testuz entre los verdinegros vegetales; el cuervo, allá corta con sus oscuras alas el envenenado aire como husmeando todavía los despojos de tantos combates empeñados en aquellos cementerios de dioses y de hombres; la cabra montés sube por los esparcidos fragmentos de antiguas colosales obras, que parecen verdaderos montículos y son verdaderas ruinas, las cuales, coronadas de jaramago y de cicuta, exhalan elegías invisibles, pero reales y efectivas, por tantas grandezas como hay en aquellos espacios enterradas y por tantas ideas como van allí por los giros del aire, cual hojas secas, pálidas y muertas. Los humanos odios hicieron de la Roma antigua la metrópoli del combate y la ciudad del soldado, verdadero campamento de la conquista que parece haber aglomerado las ruinas en los suelos y esparcido en los aires la muerte. Difícil habitar aquella inhabitable comarca, sin contraer alguna mortal enfermedad.

San Ignacio la contrajo. Su biógrafo clásico nos lo cuenta en estas líneas: «Estaba en aquel tiempo Roma, dice, llena de soldados por la guerra que habia entre el Papa Paulo IV y el rey católico don Felipe II, y no se oía otra cosa en la santa ciudad sino atambores y pífaros y ruido de arcabuces y artillería; y toda la gente estaba llena de pavor y sobresalto. Por no ver esto tan de cerca, y por llorar mas á sus solas tan grande calamidad, salióse por unos pocos dias á una casa del campo, un poco apartada de lo poblado de Roma. Allí, con los aires malsanos, y con los calores recios del estío, comen-